

CADETE DEL ESPACIO

Robert A. Heinlein



En el año 2075, en la Base de Colorado, un nuevo grupo de muchachos se presenta como aspirantes para ser entrenados en la ciencia de la Astronáutica. Son los futuros agentes de la Patrulla Solar, el organismo gubernamental encargado de mantener la paz y el orden en los mundos del Sistema habitados por el Hombre. Los muchachos llegan de todos esos mundos. Allí están Matt y Tex, de la Tierra, Oscar, de Venus, Pierre, de una de las lunas de Júpiter, y otros muchos, que van a tratar de superar las difíciles pruebas que eliminarán de entre sus filas a aquellos que no son adecuados para ocupar puestos de tan alta responsabilidad. Se trata de una novela del estilo al que nos tiene acostumbrados el gran escritor de Ciencia Ficción, Robert Anson Heinlein, un relato excitante, extraño y colorista, pero al mismo tiempo muy creíble, pues este autor siempre se ha distinguido por el realismo que sabe dar a sus personajes y a los ambientes en que se mueven.

BASE TIERRA

«Para **MATTHEW BROOKS DODSON**», decía el papel en sus manos. «Felicidades: Habiendo pasado con éxito las pruebas de eliminación, para el nombramiento como Cadete en la Patrulla Interplanetaria, está autorizado a presentarse al comandante, Base Tierra, Campo de Santa Bárbara, Colorado, Unión de América del Norte, Tierra, el 1 de julio del 2075 o antes, para un examen más completo. Le rogamos que recuerde que la mayoría de los candidatos participantes en estas pruebas últimas acostumbran a fallar y debe estar preparado para esta eventualidad».

Matt plegó el papel y lo dejó otra vez en el bolsillo de su cinturón. No le importaba pensar en la posibilidad de fracaso. El pasajero de enfrente, un chico de la misma edad que él, atrajo su mirada.

—Me parece que conozco este papel, ¿candidato también?

—Sí, eso es.

—Bueno, chóquela, me llamo Jarman, vengo de Texas.

—Encantado de conocerle, Tex. Me llamo Matt Dodson, y vengo de Des Moines.

—Hola, Matt. Ya tendríamos que haber llegado.

El coche roncó suavemente y moderó su marcha; los asientos se bambolearon con la rápida desaceleración. El coche se paró y los asientos volvieron a la posición normal.

—Aquí estamos— terminó Jarman.

La pantalla de televisión que estaba al otro extremo del coche, en la que un momento antes se veía una belleza rubia anunciando el Jabón Super Astral de Sorkin, ahora dejaba leer: **ESTACIÓN BASE TIERRA**. Los dos chicos cogie-

ron sus maletas y salieron de prisa. Un momento más tarde, estaban en la escalera mecánica, subiendo a la superficie.

Frente a la estación, a un kilómetro de distancia, estaba Hayworth Hall, bajo un aire frío y transparente, cuartel general en la Tierra de la fabulosa Patrulla. Matt lo miró con asombro, intentando darse cuenta de que al final lo veía.

Jarman le empujó.

—Vamos.

—Oh, naturalmente.

Un par de aceras mecánicas se desplegaron de la estación hacia el vehículo. Se subieron en la que iba hacia el inmueble. La acera estaba abarrotada de gente, más chicos salían de la estación tras ellos. Matt se fijó en dos de ellos, de rasgos morenos y delgados, que llevaban unos turbantes muy apretados y altos, aunque, por lo demás, iban vestidos como los otros. Un poco más lejos, en el paseo, divisó un joven alto y guapo cuya cara impasible era de un color negro brillante.

El tejano metió sus pulgares en su cintura y observó a su alrededor.

—Abuelita, mata otro pollo —dijo—, tenemos compañía para cenar. Hablando de esto, espero que no tardaremos mucho en comer. Estoy hambriento.

Matt extrajo un dulce de su bolsillo, lo partió y dio la mitad a Jarman, que lo aceptó agradecidamente.

—Eres un buen camarada, Matt, he vivido de mis propias grasas desde el desayuno, y esto es arriesgado. Eh, tu teléfono está sonando.

—¡Oh! —Matt buscó a tientas en sus bolsillos y sacó su teléfono—. ¿Hola?

—¿Eres tú, hijo? —dijo la voz de su padre.

—Sí, papá.

—¿Has llegado bien?

—Oh sí, estoy a punto de presentarme.

—¿Cómo está tu pierna?

—Está bien, papá —su respuesta no era franca. Su pierna derecha, que acaba de recuperarse de una reciente operación de un tendón de Aquiles demasiado corto, le dolía mientras hablaba.

—Muy bien. Ahora mira, Matt, si lo que pasara es que no fueras escogido, no desesperes. Llámame enseguida y...

—Sí, sí, papá —cortó Matt—. Tengo que colgar, estoy en medio de la muchedumbre. Hasta luego. Gracias por llamarme.

—Buena suerte, hijo. Adiós.

Tex Jarman le miró de manera comprensiva.

—Tus viejos se preocupan todavía, ¿no? Yo engañé a los míos, poniendo mi teléfono en la maleta. La acera mecánica tomó una pronunciada curva antes de regresar. Bajaron con la muchedumbre, enfrente de Hayworth Hall. Tex se paró para leer la inscripción encima del gran pórtico.

—*Quis custodi...*

—¿Qué dice, Matt?

—*Quis custodiet ipsos custodes.* Que en latín, quiere decir: ¿Quién vigilará a los guardias?

—¿Lees latín, Matt?

—No, solamente me acuerdo de esto, de un libro sobre la Patrulla.

La rotonda de Hayworth Hall era enorme y aún parecía más grande, porque, a pesar de una brillante iluminación a nivel del suelo, el techo en forma de domo no reflejaba ninguna luz; estaba negro como la media noche y tachonado de estrellas. Estrellas conocidas: la resplandeciente Orión hacía frente a la cabeza amenazante de Tauro; la forma familiar de la Osa Mayor bamboleaba sobre su brazo roto en el horizonte Nornoreste; brillaba exactamente al sur, encima de las Siete Hermanas.

La ilusión de estar al aire libre, durante la noche, era muy fuerte. Las paredes y el suelo, iluminados al nivel de la gente que andaba, hablaba y corría, no parecían más que

una pequeña banda de luz, un círculo de calor y de confort, contra la inmensidad horrible del espacio, como carretas en la pradera dispuestas en círculo para la noche, bajo un cielo desierto y ardiente.

Los chicos contuvieron su respiración, como lo hacían todos los que lo veían por primera vez. Pero no tuvieron tiempo de maravillarse ya que otra cosa atraía su atención. El suelo de la rotonda se hundía varios metros por debajo del nivel por donde habían entrado; estaban en un balcón que se extendía alrededor de la enorme sala, rodeando un hoyo, inmenso, circular y poco profundo. En este hoyo una astronave rota estaba abandonada sobre un lecho de rocas y de arena como si al aterrizar se hubiera estrellado, cayendo desde este cielo de imitación.

—Es el Kilroy —dijo Tex, casi como si lo dudara.

—Debe serlo —convino Matt, en un susurro.

Andaron hasta la barandilla del balcón y leyeron una placa puesta allí:

«Cadete del Espacio». La primera nave interplanetaria: Nave Cohete *USSF Kilroy* estuvo aquí. «De la Tierra a Marte y vuelta: Teniente Coronel Robert de Fries Sims, Comandante; Capitán Saul S. Abrams; Sargento Primero Malcolm Mac Gregor. Ninguno sobrevivió al aterrizaje de vuelta. Descansen en Paz».

Se unieron a otros dos chicos y miraron a Kilroy con asombro. Tex empujó a Matt.

—¿Ves la marca en la tierra, donde cayó? Dime, ¿crees que construyeron esto justo encima de donde estaba?

Uno de los otros dos, un chico robusto de un metro ochenta, de pelo moreno, contestó:

—No, el Kilroy aterrizó en África del Norte.

—Pues deben haberlo arreglado para que lo parezca. ¿Eres candidato, también?

—Eso es.

—Soy Bill Jarman, de Texas. Y aquí está Matt Dodson.

—Soy Oscar Jensen, y este es Pierre Armand.

—Hola, Oscar, encantado de conocerte, Pierre.

—Llámame Pete —dijo Armand. Matt observó que hablaba un inglés básico con cierto acento, pero no sabía de dónde. Su manera de hablar era extraña, también se le notaba un vago tartamudeo. Volvió a mirar hacia la aeronave.

—¿Te imaginas tener tripas como para ir al espacio en una caja de galletitas como esta? —dijo—. Me da miedo pensarlo.

—A mí también —reconoció Oscar Jensen.

—Es vergonzoso —dijo Pierre, a media voz.

—¿Qué, Pete? —preguntó Jarman.

—Que su suerte no siguiese. Puedes ver que era un aterrizaje casi perfecto: no se desplomaron, porque en este caso no quedaría nada más que un hueco en el suelo.

—Cierto, creo que tienes razón. Oye, hay una escalera, allá lejos. ¿La ves, Matt? ¿Crees que podríamos verlo por dentro?

—Tal vez —le dijo Matt—, pero pienso que lo mejor sería dejarlo para otro momento. Tenemos que presentarnos, ¿sabes?

—Mejor que vayamos todos —convino Jensen—. ¿Vienes, Pete?

Armand fue para coger su maleta. Oscar Jensen le apartó y la cogió junto con la suya.

—No es necesario —protestó Armand, pero Oscar le ignoró.

Jarman miró a Pierre.

—¿Te sientes mal, Pete? —preguntó—. Noto que parece enfermo, ¿qué te pasa?

—Si lo estás —intervino Matt—, solicita un aplazamiento.

Armand parecía avergonzado.

—No está enfermo y pasará los exámenes —dijo Jensen con firmeza—. Olvidadlo.

—Bueno, bueno —repuso Tex. Siguieron a la muchedumbre y encontraron un anuncio que ordenaba a todos

los candidatos que se presentaran en la sala 3108. Pasillo número tres. Localizaron el pasillo tres, subieron a la acera mecánica, y dejaron sus maletas en el suelo.

—Dime, Matt —dijo Tex—, ¿quién era Kilroy?

—Déjame ver —contestó Matt—. Fue alguien de la Segunda Guerra Global, un Almirante, creo. Sí. Almirante «Bull» Kilroy, me parece recordar.

—Es curioso que le dieron el nombre de un almirante.

—Fue un almirante que volaba.

—Eres un maldito sabelotodo —dijo Tex con admiración—. Creo que me pegaré a ti durante las pruebas.

Matt le ignoró.

—Es simplemente un hecho que recuerdo.

En la sala 3108, una atractiva joven rechazó sus credenciales pero les tomó las huellas digitales. Las introdujo en una máquina que estaba a su lado. La máquina rápidamente arrojó unas hojas de instrucción, encabezadas por el nombre, número de serie, huella digital y fotografía de cada candidato, junto con la colocación temporal de cuarto y mesa.

La chica les dio las hojas y les dijo que esperaran en la puerta de al lado. Se despidió bruscamente.

—Me gustaría que no hubiera sido tan ruda —se quejó Tex, mientras se marchaban—. Quería preguntarle su número de teléfono, ¿sabes? —Luego continuó estudiando su hoja—. Aquí, no te queda tiempo para hacer la siesta.

—¿Lo esperabas? —preguntó Matt.

—No, pero puedo soñar, ¿verdad?

La sala contigua estaba llena de bancos pero los bancos estaban llenos de chicos. Jarman se paró frente a un banco ocupado por tres grandes cajas, un pequeño refrigerador portátil floreado, y una funda de banjo. Un joven de tez rosada estaba sentado al lado.

—¿Es tuyo? —le preguntó Tex.

El joven lo admitió de mala gana.

—¿No te molesta si lo aparto y me siento? —continuó Tex. Empezó a poner las cosas en el suelo. El propietario parecía descontento, pero no dijo nada.

Había sitio para tres. Tex insistió para que los otros se sentaran, y él se sentó sobre su bolsa, apoyándose sobre las rodillas de Matt, con sus piernas estiradas. Su calzado, que quedaba a la vista, parecía ser unas buenas botas del Oeste, con tacones altos y elegantes.

Un candidato que estaba frente a ellos miró las botas y habló con el chico de su lado.

—¡Fíjate en esas botas!

Tex resopló, y empezó a levantarse.

Matt puso una mano sobre su hombro, haciéndole retroceder.

—No vale la pena, Tex. Nos espera un día muy ajetreado.

Oscar asintió con la cabeza.

—Tómalo con calma, amigo.

Tex se calmó.

—Bueno, muy bien. Siempre lo mismo —añadió—, mi tío Bodie le hubiera hecho morder el polvo por menos de esto.

Miró con furia al chico.

Pierre Armand se inclinó y habló con Tex:

—Perdóname, pero ¿son realmente zapatos para montar a caballo?

—Sí, ¿qué crees que son? ¿Esquís?

—¡Oh! Perdona, pero es que nunca he visto a un caballo.

—¿Qué?

—Bueno, sí —rectificó Oscar—, pero en el zoo.

—¿En un zoo? —repitió Tex.

—En el zoo de Nueva Auckland.

—Oh —dijo Tex—, entiendo. Eres un colonial de Venus, —entonces Matt se acordó de cuando había oído este tartamudeo que le parecía vagamente familiar: en el discurso

de un conferenciante. Tex se volvió hacia Pierre— Pete, ¿vienes de Venus tú también?

—No, soy..., —la voz de Pete quedó ahogada.

—¡Atención, por favor! ¡Silencio! —El que hablaba estaba vestido con el uniforme de un cadete del espacio, completamente desprovisto de adornos, y de un blanco perlado—. Todos —continuó, hablando con un altavoz de mano— los que tienen números en serie impares vienen conmigo. Tomen sus cosas. Números pares esperen aquí donde están.

—¿Números impares? —dijo Tex—. ¡Yo!

Se puso de pie de un salto.

Matt miró sus instrucciones.

—¡Yo también!

El cadete bajó el pasillo que estaba frente de ellos. Matt y Tex esperaron que pasara por su lado. El cadete no estaba derecho, andaba un poco agachado, las rodillas relajadas y elásticas, las manos preparadas para agarrarse. Sus pies se deslizaban suavemente por el suelo. Tenía la gracia de un gato. Matt creyó que, si de repente la sala se pusiera al revés, el cadete aterrizaría sobre sus pies en el techo; lo que era perfectamente cierto.

Matt deseaba de corazón parecerse a este hombre. Mientras el cadete pasaba, el propietario del enorme equipaje le tiró de la manga:

—¡Eh... Señor!

El cadete se dio la vuelta rápidamente, se agachó y se detuvo con la misma velocidad.

—¿Sí?

—Tengo un número impar pero no puedo transportar todo esto. ¿A quién puedo encontrar para ayudarme?

—No puede —el cadete empujó el montón con su pie—. ¿Todo esto es suyo?

—Sí, ¿qué hago? No puedo dejar esto aquí. Alguien me lo robará.

—No veo por qué tendrían que hacerlo —el cadete miró los bultos con aversión—. Devuélvalo de nuevo a la estación y mándelo a casa. O tírelo.

El joven palideció.

—Al final tendrá que hacerlo —continuó el cadete—, cuando suba a la nave escuela, allí solamente podrá llevarse diez kilos.

—Pero... bueno, supongamos que lo haga. ¿Quién me ayudará a llevarlo a la estación?

—Esto es problema suyo. Si quiere estar en la Patrulla, tendrá que aprender a solucionar sus propios problemas.

—Pero...

—Cállese —el cadete se marchó. Matt y Tex le siguieron.

Cinco minutos más tarde, Matt, desnudo como Adán, estaba llenando un saco, que llevaba su número de serie, con su propia bolsa y sus vestidos. Tal como le habían ordenado, pasó una puerta, agarrando sus órdenes y a un residuo de dignidad. Se encontró con un grupo automático de baños que le ducharon, le restregaron, le aclararon y le secaron otra vez a la manera de una línea de montaje. Su hoja de instrucción era impermeable; sacudió de encima unas gotas de agua.

Durante dos horas, fue empujado, golpeado, aporreado, fotografiado, pesado, inyectado, probado y examinado, dejándole completamente desconcertado. Vio a Tex una sola vez, en otra cola. Tex se movió, se golpeó sus costillas desnudas, y tembló. Matt empezó a hablar pero su fila se adelantó.

Los médicos examinaron su pierna operada, la hicieron mover, le preguntaron la fecha de su operación y si le dolía. Reconoció que sí. Otras fotografías fueron tomadas, otras pruebas hechas. Después le dijeron:

—Es todo, vuelva a su fila.

—¿Está bien, señor? —interpuso Matt.

—Probablemente. Le darán unos ejercicios. Adelante.

Mucho más tarde entró en una sala en la cual muchos chicos se estaban vistiendo. Sus pasos le condujeron por una plataforma para pesar; su cuerpo interrumpió los rayos de una fotocélula. Estando cerrado el relé, se produjo una operación automática basada en su peso, su altura, las dimensiones de su cuerpo. Luego, un bulto se deslizó por un plano inclinado y cayó frente a él.

Contenía ropa interior, un mono azul, un par de botas ligeras, todo a su medida.

Consideró el mono como algo temporal, pues estaba ansioso de cambiarlo por el uniforme de cadete, igualmente desprovisto de adornos pero de un color blanco-perlado. Los zapatos le gustaron mucho. Se los puso y cerró la cremallera, apreciando su suavidad y cómo le cubrían como guantes. Le parecía que podía pisar una moneda y decir si era cara o cruz. Unos «pies de gato»... ¡sus primeras botas del espacio! Dio unos pasos, intentando andar como lo había visto hacer antes el cadete.

—¡Dodson!

—Vengo. —Salió corriendo y pronto se encontró empujado a una sala, con un hombre más viejo, vestido de paisano.

—Siéntate. Soy Joseph Kelly. —Cogió la hoja de instrucción de Matt—. Matthew Dodson. Encantado de conocerte, Matt.

—¿Cómo está, señor Kelly?

—Bastante bien. ¿Por qué quieres entrar en la Patrulla, Matt?

—Porque... humm... porque —Matt dudó—. Bueno, para decir la verdad, señor, estoy tan desorientado actualmente, que maldita sea si lo sé.

Kelly se rio entre dientes.

—Es la mejor respuesta que he oído hoy. ¿Tienes hermanos y hermanas, Matt? —La conversación continuó; Kelly incitaba a Matt a hablar. Las preguntas eran bastante personales, pero Matt era bastante culto como para darse cuenta

de que el señor Kelly era probablemente un psiquiatra; balbuceó una o dos veces pero intentó contestar de manera honesta.

—¿Me puedes decir ahora por qué quieres estar en la Patrulla?

Matt lo pensó.

—Desde que recuerdo, he querido ir al espacio.

—Viajar, ver planetas y gente extraña... eso se entiende, Matt. Pero ¿por qué no en la marina mercante? La Academia es una larga y difícil prueba y tienes una probabilidad sobre tres de aprobar, aunque llegues a jurar como cadete, y solamente una cuarta parte de los candidatos serán aceptados. Pero podrías entrar en la escuela mercante. Te podrías trasladar hoy... y con tus cualificaciones te sería muy fácil conseguir ser piloto antes de tener veinte años ¿Qué te parece esto?

Matt se emperrió.

—¿Por qué no, Matt? ¿Por qué insistes en intentar ser oficial en la Patrulla? Te trastornarán, te matarán a disgustos y nadie te agradecerá tus enormes esfuerzos. Te cambiarán tanto, que ni siquiera tu madre te reconocerá y no por esto te vas a sentir más contento. Créeme amigo, lo sé.

Matt no dijo nada.

—¿Todavía quieres intentarlo, sabiendo que las cosas están contra ti?

—Sí, sí, creo que sí.

—¿Por qué, Matt?

Matt todavía dudaba. Finalmente contestó en voz baja:

—Bueno, la gente admira a los miembros de la Patrulla.

El señor Kelly le miró.

—Por ahora, basta como razón, Matt. Pero encontrarás otras... o te irás.

Un reloj en la pared gritó de repente:

—¡La una! ¡La una! —Y añadió solícitamente—. Tengo hambre.

—Por Dios —dijo Kelly—, yo también. Vamos a comer, Matt.



PROCESOS DE ELIMINACIÓN

Las instrucciones de Matt le decían que tenía asignada la mesa 147, Refectorio Este. Un plano en el revés de la hoja indicaba donde estaba el refectorio Este. Por desgracia, no sabía dónde se encontraba él, pues había dado muchas vueltas durante la loca carrera de la mañana. Al principio se encontró solamente con importantes personajes, vestidos con el negro uniforme de la Patrulla, por lo que no pudo decidirse a preguntarle a ninguno de ellos.

Finalmente se orientó volviendo a la rotonda y empezando otra vez, pero le costó un retraso de diez minutos. Pasó a lo largo de una interminable fila de mesas, buscando el número 147, a la vista de todo el mundo. Cuando la encontró, estaba rojo de vergüenza.

Había un cadete a la cabeza de la mesa, los otros llevaban el mono de los candidatos. El cadete levantó la cabeza y dijo:

—Siéntese, señor... allá a la derecha. ¿Por qué se ha retrasado?

Matt tragó saliva.

—Me perdí, Señor.

Alguien sonrió. El cadete le lanzó una fría mirada.

—Usted, el de la sonrisa tonta de caballo. ¿Cuál es su nombre?

—¡Oh! Schultz, señor.

—Señor Schultz, no hay nada divertido en una respuesta honesta. ¿Nunca se ha perdido?